

nuestro país no halla ya el obrero medio de vivir?

¡Ay! Sí, con frecuencia es demasiada verdad!

Ya en tiempo de Ducpetiaux, una estadística formada por él, con su incontestable talento y gran perspicacia, demostraba que el trabajador belga por término medio ganaba anualmente de 1.200 a 1.300 francos, y gastaba de 50 a 60 francos de más. Por ese camino se va a la ruina. Y entonces estábamos en los buenos tiempos.

Después ha sobrevenido esa triste y negra crisis, que a manera de un manto de duelo, cubre, extendiéndose sin cesar, todo nuestro país de Bélgica. Inglaterra, Francia y Alemania, los tres productores más grandes del mundo, han venido a obstruir los ríos por donde se deslizaba nuestra producción nacional... Nuestras fábricas han contenido su marcha, algunas se han parado, muchas se han hundido, y yo no conozco nada más triste que el ver el musgo invadiendo esos grandes muros negros abandonados, y sus ventanas abiertas y sus techos derrumbados; y la herrumbre royendo esas bellas máquinas inmóviles, y sobre las bocas de los altos hornos, que vomitaban llamas, brotar, como sobre ruinas, retama y rosales silvestres.

Y hacia esas muertas fábricas ha ido acudiendo la población obrera, cada vez en mayor

número, tumultuosa, famélica, amenazadora, tendiendo sus brazos enflaquecidos por la miseria.

¡Menos trabajo y más brazos!

¿Cómo vivir pues?

En los campos también, por razones análogas, se ha cebado la miseria.

¿Y en vuestras ciudades? ¡Ah! Señores, ¿quién de vosotros no ha visto con sus propios ojos y tocado con sus manos esa aglomeración insensata de gentes de todas las carreras, quién no ha oído quejarse y visto mendigar a ese ejército de cesantes o excedentes o sin destino, sin ocupación y sin pan, que recorre las calles en busca de un hueco donde meterse y colocarse y vivir en fin?

¿No es un signo extraño pero elocuente el ver solicitada con ardor y disputada con empeño la más humilde plaza de oficinista, de escribiente, de supernumerario, de comisionado, de empleado en correos, etc., por mil hambrientos, doctores en letras, en derecho, en ciencias?

Bien sé que trabajando mucho, estrechándose todavía más, volviendo a las antiguas costumbres de hace treinta años, podría tal vez el obrero atender suficientemente a sus necesidades y a las de su familia. Pero se hallan tan arraigados ya en sus costumbres los hábitos de

bienestar, que no se resigna a retroceder de esa suerte, y lo comprendo, Señores... ¿Retrocederíais vosotros? ¿volveríais vosotros a vuestra vida de hace treinta años? Luego no podéis exigir del pobre el heroísmo de un sacrificio que no tenéis valor para imponeros á vosotros mismos. ¿Qué sucede pues? Que entonces los más valientes, los más animosos, y con frecuencia los más humildes, hacen un esfuerzo supremo y se van a buscar por el mundo una tierra más afortunada y un cielo más clemente.

En los últimos seis meses del año que acaba de terminar, solamente en Buenos Aires han desembarcado más de 23.000 belgas.

No es mi objeto discutir aquí la gran cuestión de saber si conviene alentar la emigración que desde hace algunos años se acentúa tan extraordinariamente en nuestro país, o si sería mejor conducir esos pobres a repoblar nuestras campiñas, donde, según se dice, por falta de brazos no da la tierra todo lo que podría dar.

Quiero desentenderme de la gran responsabilidad en que se incurre resolviendo de plano y a la ligera esos problemas, de los cuales depende la dicha, el porvenir y la vida de tantos hombres.

Dejemos a un lado las teorías, partamos de los hechos. Nuestros pobres obreros emigran:

he ahí los hechos. Que los alentéis o que los retraigáis, el hecho es que emigran por millares. Y ese hecho está a la vista, tan patente, tan constante, tan extendido, que no puede permanecer indiferente ni extraño a él nadie que tenga en su pecho un corazón verdaderamente cristiano.

Marchan ¿y a dónde van?

A esto no hay, en verdad, Señores, más que una sola respuesta. ¿A dónde van?... No lo saben ellos mismos.

El hombre de letras, el cesante, el desocupado, de que hace poco hablaba, podría saberlo o inquirirlo con seguridad. Pero ese hombre delicado no se ha acostumbrado únicamente a las letras; se ha acostumbrado también a la vida muelle y ociosa, sus brazos carecen de nervios y su corazón de fuego.

Ese no emigra. El que emigra es el pobre, el trabajador, el obrero; y no nos engañemos en esto; he aquí cómo de ordinario pasan las cosas.

Un día, al entrar en su pobre casita, ha encontrado a su mujer llorando y a sus hijos más faltos de abrigo y más hambrientos. El panadero, en vista de que no le pagaban, no quería ya darles más pan fiado... o bien el casero, a

quien debían ya varias semanas, les había amenazado con echarlos a la calle... Él volvía con las manos vacías; todo estaba parado; en ninguna parte encontraba trabajo. Sin embargo, no era cosa de dejar morir de hambre a sus pequeñuelos!

Entonces se sienta, apoyando sus codos sobre la mesa vacía y apretando su cabeza entre sus manos; asáltanle pensamientos de desesperación, las sienas le arden, los dedos se crispan y arrancan el cabello... ¡Nada que hacer! ¡Nada que hacer!... ¡Y sin embargo, tal situación no puede prolongarse! Los pobres pequeñuelos no se pueden ya tener en pie. ¡No! ¡así no es posible continuar! «¡Mujer! ¡mujer! ¡es preciso que nos marchemos de aquí!...» Y ella, por su parte, habrá visto lucir un rayo de esperanza allá lejos, muy lejos, para sus hijos; y responderá con una de esas frases familiares a los desalentados y desamparados: «Lo mismo da, esposo mío, morir aquí que allí; no nos resta más que morir».

Preguntadle a dónde va... Allá, muy lejos, a Ultramar, a América... América, es todo el resto del mundo!... América, es en otra parte, no importa dónde... ¡Ay! ¡es lo desconocido, siempre halagüeño a nuestros pobres corazones humanos!... América, es la esperanza.

Va, sin embargo, a informarse.

¿Y a dónde?

En primer término a casa de sus camaradas. Otros han marchado antes y han escrito desde su nueva patria cartas unas veces llenas de regocijo, otras de desaliento. Se vuelve a sacar del armario aquellas cartas ya amarillentas y sobadas por tantos dedos como las han manejado, y se las comenta... ¡Dicen tan poco!

Acude a los periódicos; él los ha leído o ha oído leerlos muchas veces en la taberna; en ellos se hablaba de América, y aun recuerda que en los mismos se anunciaba pasajes gratuitos para los obreros de acá que quisiesen ir allá.

¡Los periódicos!

Vosotros, Señores, los leéis, como yo los leo. Hablan, efectivamente, desde hace algún tiempo al menos, de la emigración, sobre todo a las regiones sud americanas. Pues bien, yo no vacilo en proclamar absolutamente prodigioso el entendimiento que, partiendo de los datos que ellos proporcionan, llegue a formarse acerca de la emigración una convicción determinada.

Pasando de un número a otro, ¿qué digo? de una columna a otra, del negro al color de rosa y del color de rosa al negro, llegan a hacer sobre esas graves cuestiones uno de esos cuadros

impresionistas ante los cuales se pregunta uno mareado: ¿Qué debo ver yo aquí?

Cómo queréis que ese pobre obrero saque de ahí nada en limpio!

Preguntará a su párroco.

¿Pero qué es lo que su buen párroco puede saber de cierto acerca de eso?

Preguntará a su alcalde.

¿Y qué sabe de eso su alcalde?...

¿Qué recurso le queda, pues?

Desde fines del año 1887 funciona en el Ministerio de Negocios extranjeros, en las oficinas de la Dirección del comercio y de los consulados, una oficina central de informaciones para uso de los emigrantes. En el curso del año último se han establecido oficinas del mismo género en todas las capitales de provincia, en el Gobierno civil, excepto sin embargo en Amberes, donde este servicio se halla instalado en el Museo Comercial.

Está muy bien, Señores.

Es incontestable, en efecto, que el gobierno, informado como puede estarlo por el ejército de cónsules que esparce a través del mundo, se halla en aptitud de instruir con seguridad al emigrante que le pregunta. Y, desde ahora quiero

decirlo, no censuro, ni censuraré en lo más mínimo al gobierno: se había visto sorprendido, como todos nosotros, por la repentina ola de emigración que pasa por Bélgica; y para preservar sus daños ha puesto manos a la obra con un ardor y una generosidad que no se han desmentido un solo día; ministros, embajadores, cónsules, todos han trabajado de concierto, y si no se ha podido hacer todo lo que se quería, se ha hecho al menos todo lo que se ha podido. No se puede pedir más.

Las oficinas de información han sido el primer fruto de este trabajo: ya existen y funcionan.

Pero es preciso desconocer por completo el carácter y las costumbres del obrero de nuestros campos y de nuestros centros industriales, para imaginarse que irá a informarse allá, tan lejos de él, tan alto, en aquellas oficinas gubernamentales que le intimidan, a los agentes de un poder, al que tiene yo no sé qué miedo instintivo, a aquellos asalariados del estado, que, desdeñosos desde lo alto de su asiento, se le aparecen como una de las mil encarnaciones de un Vichnou, siempre terrible, porque es frío y sin corazón.

Entre ellos y él, busca, pues, un intermedio, y he aquí que se le presenta.

Es el agente de las Sociedades de emigración. Se presenta con la sonrisa en los labios... es afable, insinuante, locuaz y hasta elocuente; tiene mapas magníficos, que desdobra para que se entere su favorecido, llenos de caminos de hierro, de ríos, de praderas de altas yerbas, de campos de una vegetación exuberante, de ciudades soberbias, de villas magníficas... Es el Paraíso...

El pobre escucha... reflexiona... ¿Se hallará allí la felicidad?... Pregunta, y a todo se le responde. Por fin cede; firma el contrato... ¡Ah! Señores, ese contrato es de ordinario un pacto de servidumbre al lado del cual parecería dulce la esclavitud de los negros!

Se le entrega un billete de pasaje gratuito para tal ciudad del nuevo mundo, y el hombre de la sonrisa, se sonríe todavía más, porque acaba de inscribir en su activo veinte francos de comisión, por aquel obrero que acaba de venderse. Que reclute de este modo tres obreros por día, y al cabo del año cobrará limpios de polvo y paja 20.000 francos, que no son de depreciar, y le eximirán de emigrar él.

Eso es el precio de la sangre. *¡Pretium sanguinis!*

Ciertamente, Señores, hay Sociedades que son honradas, y cuyos agentes son irreprensi-

bles. Pero nuestro pobre país se halla en la actualidad invadido por una verdadera legión de hombres sin título legal, sin misión de ninguna suerte, por enganchadores sin alma, que sólo viven del triste oficio de engañar, de explotar a los pobres y lanzarlos en seguida a la mar, diciéndoles: «Arreglaos como podáis, yo ya he ganado mi jornal».

He aquí lo que leo en un discurso del príncipe de Rubempré pronunciado en las Cámaras belgas: «Hay sociedades, agencias de emigración, que cobran al emigrante el treinta por ciento de interés, cerrando con ellos operaciones de cambio de mano a mano; y otro treinta por ciento sobre los billetes de pasaje que les entregan».

«... Podría citar a un agente subalterno que hacía sus operaciones bajo la salvaguardia de una Agencia autorizada y que ha sido condenado en Alemania por el hecho siguiente: recibía dinero de los desgraciados emigrantes y les entregaba en cambio letras de crédito sobre casas americanas absolutamente imaginarias. Pues bien, ese hombre está en Amberes y hace sus operaciones en la estación misma».

«... Hechos recientes y numerosos han probado que esos miserables están afiliados a bandas de timadores. Y claro es, no necesitan estos

mucho tiempo para escamotear sus pocos haberes a sencillos aldeanos» (1).

Decía esto el orador en 1887. En 1888 volvía sobre el mismo tema, diciendo:

«Se han corregido bastantes abusos, pero aún no está hecho todo... Hay agencias sospechosas a quienes otra vez se les ha concedido licencia y autorización para funcionar, a pesar de las numerosas quejas y denuncias formuladas contra ellas... Y cual es la agencia, son sus empleados, Señores. Una agencia sin probidad no tendrá nunca más que detestables servidores, y de aquí es que emigrantes que pasan por Amberes son a veces indignamente engañados. Estos engaños se agravan todavía por las bandas de timadores que saquean a los sencillos. Es difícil coger a esos piratas... desaparecen, después de haber despojado a sus víctimas, hasta la próxima partida de otros trasatlánticos...» (2).

Se cuenta, Señores, que en los grandes campos de batalla, cuando cae la noche, cubriendo con su negro horror el horror sangrientamente rojo de las guerras, en medio de los muertos ya fríos, de los moribundos que espantan con su estertor, de los heridos que se lamentan y

(1) Sesión del 28 de Enero de 1887.

(2) Sesión del 19 de Enero de 1888.

gritan, se levantan sombras siniestras, como las fauces de las tumbas; y van andando a tientas por los regueros de sangre y se inclinan sobre los cadáveres, y sus manos palpan, buscando febrilmente el oro, las alhajas quizá, un reloj, una cadena, una sortija... y cuando logran dar con ellas, las arrancan y escapan... Si es un moribundo que gime, con las rodillas ahogan su grito en su pecho... asesinan; después, cargados con su botín sacrilego, cuando amanece el día, huyen esas fieras de presa y aves de rapiña, y se ocultan yo no sé en qué escondrijos, esperando la noche siguiente.

Las leyes mandan fusilar a esos monstruos, en el acto, allí mismo, y hacen bien.

El emigrante, Señores, es el vencido, es el herido, es el moribundo de las grandes batallas de la vida. Las fieras no le hacen daño; pero hay hombres... ¡ah! ¡siempre han de ser los hombres!... hay hombres que le roban, que le saquean, bandidos en pleno sol, en plena plaza pública, bandidos sonrientes y cobardes, bandidos que asesinan, como Judas, con un beso!

Pues bien, repetiré la frase de esos pobres:

«¡Esto no puede continuar así!» No, esto no puede continuar más tiempo así, vuelvo a decirlos.

¿Y qué es preciso, qué cosas se necesitan

para poner fin a esos horrores de que son víctimas nuestros pobres belgas? ¿Leyes? ¡No! ¿Uso de la fuerza pública? ¡No! ¿Oro? ¡Sí! mas sobre todo, corazones, y en esos corazones la llama cristiana. ¡Escuchadme!

La obra que nace ahora en Bélgica funciona ya desde hace algún tiempo en Alemania con el nombre de «Raphaëls verein». Aquí llevará el mismo nombre. Tendrá comités especiales en todas las capitales de provincia. Estos comités estudiarán desde luego, o harán estudiar, los informes y memorias consulares reunidas en las oficinas del Estado. No se limitarán a estudiar estos puntos oficiales. Delegados libres, establecidos en los diversos países de las colonias, en todas las partes a donde van nuestros pobres emigrantes a buscar fortuna, les enviarán informes privados acerca del país y sus leyes, sus riquezas y sus necesidades, sus productos, sus cultivos, etc., les dirán, en fin, las condiciones en que allí se entabla la lucha por la existencia.

Es evidente, Señores, que se necesitará tiempo para que el «Raphaëls verein» belga pueda escoger de esta suerte agentes en todos los países coloniales, pero ya desde ahora se ofrecen

los delegados del «Raphaëls verein» alemán a informar también a la sociedad belga. Podemos aprovecharnos una vez más de esa gran fraternidad cristiana que no se preocupa de lengua, ni de nacionalidad, ni de frontera, sino que donde quiera que se la llame al servicio de las almas, se levanta y exclama: «¡Aquí me tienes, hermanol»

Estos informes oficiales y particulares así reunidos, serán resumidos en una forma sencilla, clara, breve, popular y enviados por la sociedad, no ya a las oficinas del Estado establecidas en las grandes ciudades, sino a todos los párrocos y alcaldes del país, y aun a las más pequeñas chozas de las más pequeñas aldeas. No esperará la sociedad a que se los pidan, los enviará de oficio por circulares. El obrero que no pregunta a los empleados de los palacios provinciales, se atreve a preguntar a su alcalde, o al menos a su párroco: lo puede hacer sin embarazo, sin viajes, sin temor.

De este modo se llenará la primera laguna que os he señalado: sabrá a dónde va, y no correrá ya los más terribles riesgos de lo desconocido allende los mares. Y sobre todo no caerá ya entre las uñas y los dientes de un embaucador vulgar. La sociedad, por otra parte, se guardará muy bien de alentar o de contener al

emigrante en sus proyectos de lo porvenir. Se limita a ilustrarle, dejando a su plena libertad el escoger y decidirse.

Pero no es esto todo, Señores.

¡Ah! ¡es un éxodo bien triste el que me he propuesto referiros!

Tomada su resolución, el obrero se dispone a la marcha.

Si le queda algún mueble grande, una cama, un armario, una mesa, los vende; necesita comprar para su mujer y su hijo alguna prenda de vestir, algún abrigo para el viaje, ¡qué sé yo!... Algunos camaradas le ayudan a ello; le dan en recuerdo objetos de un embalaje usado, aun aquellos que sufren, Señores, aun aquellos que apenas tienen con qué vivir, le dan algún dinerillo para los primeros días de llegada, tan duros en un país desconocido, donde raramente se encuentra ocupación o trabajo nada más llegar. ¡Ah! Señores, yo no sé qué autor ha dicho: «Los pobres son ayudados por los pobres más todavía que por los ricos». ¡Cuánta verdad es las más de las veces!

Con todo aquello, la mujer, ayudada por su marido, llena un baúl viejo, o hace un voluminoso lío que envuelve en la colcha de la cama

o en un gran pañuelo. Demasiado habréis visto esos líos abigarrados de los pobres, amontonados en los largos carretones que atraviesan vuestras calles en los días de marcha.

Luego vienen las despedidas... a los parientes, a los amigos. Corren abundantes lágrimas... pero hay que hacerse fuertes y... ver a lo lejos la esperanza sonriéndolos.

¿Está ya hecho todo? No, falta la última visita... Allí, al pie de los muros de la vieja iglesia, hay muertos que duermen... un padre, una madre, y para ese emigrante que parte solitario, tal vez una mujer y un hijo! ¡Ah! se les había olvidado cuando todo iba bien en la vida. Pero ahora que se sufre, ¡cómo renacen aquellos viejos amores, cómo asalta el recuerdo del tiempo en que aquellos seres estaban en su compañía. ¡qué dulce era entonces vivir!...

Van por última vez a rezar arrodillados delante de aquellas crucecitas de madera negra, medio caídas y desechas por el viento y la lluvia; las enderezan y arreglan como para mejor encontrarlas si más tarde vuelven... Allí oran, y de repente, ante aquellos muros grises de la iglesia, les vienen a la memoria todas sus dichas. Allí es donde han sido bautizados, allí donde han hecho su primera comunión, allí donde han oído las proclamas de su matrimonio, él